

JESUS DIEGUEZ GARCIA

El cuento infantil como recurso educativo



Posiblemente el género literario que se ha denominado «cuento popular» sea, cronológicamente, la primera manifestación humana que consigue superar la función comunicativa del lenguaje. Ciertamente dos son los goznes sobre los que se apoya el cuento: *la finalidad lúdica*: entretener, agrandar, provocar la fantasía... y *la finalidad didáctica*: instruir, moralizar, fomentar actitudes...

La transmisión oral es inseparable del cuento. Tan importante como su contenido y mensaje será la capacidad del narrador de adaptar, insertar variantes, utilizar adecuadamente todos los registros de su voz e incluso ayudarse de sencillos objetos para su relato.

Los educadores y padres no deberían renunciar a las ricas posibilidades educativas del cuento; no para utilizarlo indiscriminadamente sino en el momento preciso en que su alumno o hijo lo reclame por su pregunta concreta, por su actitud, etc.

Transcribiremos algunos cuentos originales, precedidos de la causa que motivó su invención y epilogados por los posibles momentos de aplicación y algunas breves notas metodológicas.

Situación primera

Ana es una niña de seis años. Está ilusionada porque sus padres la han apuntado a un cursillo de natación. Hoy asiste por primera vez; se pone su bañador y quiere llevarse su cubo y su palita de plástico. Hay que explicarle que no los va a necesitar.

Acompañada de su padre se dirige a la piscina. Allí los monitores repiten

una y otra vez que a la piscina sólo pueden acceder los niños y Ana se incorpora al grupo de treinta y tantos pequeños, futuros ases de la natación.

Al cabo de una hora, la niña sale, triste, se refugia en los brazos de su padre, a punto de estallar en lágrimas y le dice que no quiere volver.

Es inútil preguntar. Ana no explica la causa de su pena. Es un misterio imposible de adivinar lo que haya podido sucederle a la niña.

—Es muy importante aprender a nadar —insisten sus padres.

—Cuando sea mayor, aprenderé —contesta la niña.

—No, no. Esas cosas hay que aprenderlas de pequeña —sugiere su padre para atrapar su atención— como hizo el árbol que aprendió a andar. El único del bosque que se salvó de la catástrofe.

—¿Qué árbol? —pregunta la niña con curiosidad.

La respuesta es el cuento que logrará hacer volver a Ana a sus recién iniciadas clases.

El árbol que aprendió a andar

En lo más profundo del gran bosque habitaba un árbol pequeño. A su alrededor vivían sus familiares; desde hacía siglos estaban asentados en ese lugar y eran muy felices; no les faltaba el agua ni el sol y se sentían orgullosos de cobijar en sus ramas a muchos pájaros y otros animalitos del bosque.

Pero, desde que había nacido el último miembro del clan familiar, al cual le habían dado el nombre de «LITO», la vida apacible se había perturbado un tanto. Y es que el árbol Lito había salido rebelde.

Siendo muy pequeño aún, había comenzado su manía de hacer preguntas. Aprovechaba la hora de la siesta y, estirando su rama más alta, hacía cosquillas a su bisabuelo. Este tenía tantos años que ya nada le molestaba y so-

portaba pacientemente las preguntas de su bisnieto Lito.

—Bisa, —comenzaba el interrogatorio— ¿por qué los árboles tenemos raíces?

—Está claro, Lito. Las necesitamos para sujetarnos a la tierra y poder alimentarnos a través de ellas.

—Pues yo creo que eso es un atraso —argumentaba el bisnieto—. Los pájaros no tienen raíces y viven mejor: son más libres, pueden ir donde quieren. Yo, por ejemplo, como estoy rodeado de mayorzotes, no veo nada.

—Ya crecerás, Lito. Ten paciencia. —Que no, Bisa, que no. Debemos cambiar nuestra forma de vida. Voy a empezar un entrenamiento para aprender a andar.

—Estás más loco que un humano —contestó el viejo árbol.

—Ji, ji, ji, ji. —se rió el árbol Lito pues le había hecho mucha gracia el chiste de su bisabuelo.

—Ju, ju, ju. —Bisa también reía, contagiado por la carcajada de su bisnieto.

Se elevó un murmullo e airadas protestas de los árboles de alrededor porque sus risas interrumpían la tranquilidad de la siesta.

El árbol Lito cumplió su promesa. Todos los días se balanceaba un poco y, cuando el viento soplabá, removía sus raíces con la esperanza de librarse de lo que él llamaba «sus cadenas». Todas las advertencias de sus familiares eran vanas. Ni siquiera la de «te morirás» hacía mella en él. En una ocasión había intervenido el bisabuelo: —Dejad en paz al muchacho; quizá esté en lo cierto. Puede que descubra una forma de vida superior para todos nosotros.

Estas palabras enojaron al resto de la familia que estuvo de acuerdo en que el viejo árbol chocheaba y, si hubieran existido, seguro que lo habrían encerrado en un asilo de árboles.

Pasó el tiempo. Un día, Lito, dejó de removerse (ya se habían formado algunas grietas en su base) porque escuchó ruidos anormales.

—Bisa, —preguntó— ¿sabes explicarme qué sucede?

—Escucha bien esos sonidos —contestó el anciano con voz asustada—. Grábalos bien en tu memoria, porque son gritos de alarma, de peligro. Son los locos humanos: leñadores. Cada cierto tiempo vienen y organizan una matanza de árboles: eso significan los golpes secos. Y, mientras nos matan, cantan.

—¿Te das cuenta, Bisa? Si supiéramos andar, ahora podríamos huir.

El viejo árbol no contestó. No quiso desanimar a su bisnieto. Pensaba en los animales que pueden huir y también son víctimas de los humanos.

Los ruidos y canciones se escuchaban muy cercanos.

—Bisa, ¿qué hacen los humanos con los árboles muertos?

—Tengo entendido que los martirizan. A unos los queman, a otros les trocean... pero, ahora, debes obedecer la «ley del bosque» según la cual, cuando hay humanos cerca, todos enmudecemos. Si los humanos descubrieran que sabemos hablar, nos esclavizarían, nos meterían en jaulas para actuar en los circos...

—Y tú, ¿no tienes miedo? —fue la última pregunta de Lito.

—Durante mucho tiempo, cuando los sentía venir, temblaba. Ahora ya no. Soy muy viejo y no me importa morir. Lo que me preocupa es saber qué harán conmigo. Ojalá me conviertan en papel donde alguien escriba defendiendo la Naturaleza; tampoco me importaría que con mi cuerpo fabricaran instrumentos musicales: pianos, guitarras, violines...

Calló el viejo árbol. Y calló para siempre. Ante la espantada mirada de su bisnieto los humanos lo derribaron, lo descuartizaron y se lo llevaron.

Durante una buena temporada, el árbol Lito permaneció callado y no se ejerció en su empeño de desarraigarse. Pero una mañana...

—¡Escuchadme todos! —gritó para llamar la atención de los restantes árboles del bosque. He pensado mucho y me he reafirmado en mi anterior decisión. Sólo aprendiendo a caminar conseguiremos una vida mejor. Para ello, en primer lugar, debemos arrancarnos del suelo.

—Y ¿cómo podremos andar? —interrogó alguien.



—Aprovecharemos los vientos, rodaremos por las pendientes.

—¿Has pensado cómo nos alimentáramos? —preguntó un árbol gordito, muy interesado en ese tema.

—Sí. Bajaremos a los valles y, en las blandas orillas de los ríos, clavaremos nuestras raíces.

No hubo más preguntas. La mayoría opinó que era una locura y se desentendió del asunto. Algunos de entre los más jóvenes acogieron la nueva idea y, durante un tiempo, intentaron despegarse del suelo. Pero se cansaron. Sólo el árbol Lito fue constante y, en una tremenda noche de viento y tormenta, logró su propósito.

—¡Libre, al fin libre! —cantaba a gritos mientras avanzaba, dando tumbos, empujado por el viento—. ¡Lo

conseguí, lo conseguí!

Pero no sólo el viento le hacía avanzar. Muchos animales del bosque saltaban por encima de él; algunos le pisaban y otros le empujaban. El árbol Lito, al principio, creyó que los animales celebraban su triunfo. Después se dio cuenta de que huían.

En efecto: uno de los rayos de la tormenta habían iniciado un incendio que se propagaba rápidamente.

Lito siguió desplazándose con pudo, hasta lograr salir del bosque. Desde allí contempló la gran hoguera y sintió mucha pena porque nadie le había hecho caso y sólo él había aprendido a andar.

Posibles aplicaciones

1.—Utilizarlo cuando se deba transmitir la idea de superación.

2.—Serviría como introducción para temas ecológicos.

Sugerencias de trabajo

1.—Vocabulario: Cobijar, clan, mella, chochea, descuartizar, desarraigar.

2.—Dibujar el árbol Lito. Deberá ser pequeño, delgado, coloreado inapropiadamente pues es un árbol distinto a los demás y, en sus raíces pueden aparecer unos zapatones.

3.—Escribir:

—la continuación del cuento: «Aventuras de Lito el caminante»

—un relato paralelo: el niño que aprendió a nadar...

4.—Expresión oral: repetir el cuento, con alguna variante.